



Breve Vida

—♦— de —♦—

Sor Teresa Gedda



1853 = 1917

Palacio Arzobispal de San José,

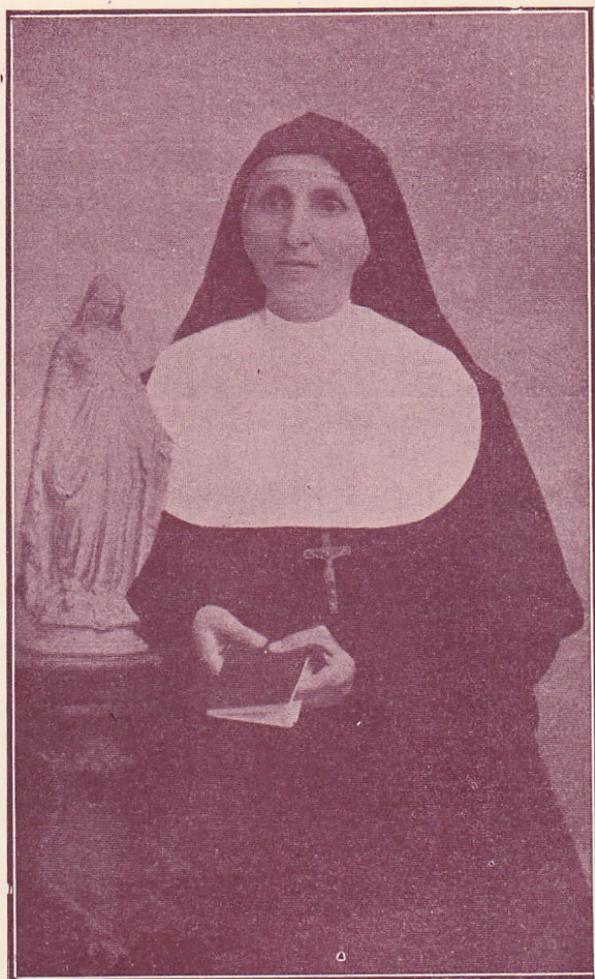
2 de Diciembre de 1930.



IMPRIMASE,

Alejandro Borras,

Vicario General.



SOR TERESA GEDDA.—Hija de María Auxiliadora.

Sor Teresa Gedda

Sus primeros años



ECOSTADO en una de las sinuosidades que forman las crestas montañosas del valle de Chy, ofreciendo un risueño panorama, surge Pecco, bellissimo villorio dependiente de la Diócesis de Ivrea.

Este privilegiado terruño, vió nacer, después de los cinco hermanos que la precedieron, a Teresa María Gedda, el 17 de enero de 1853.

Fue bautizada el mismo día en que vió la luz, recibiendo el nombre de Teresa, al que se le agregó el de María por una circunstancia providencial; de tal modo quedó consagrada, al empezar su carrera por el mundo, a la Virgen Santísima, de la que más tarde debía ser digna y predilecta hija.

Santiago, su padre, era hombre sencillo y bueno. La madre, María Oberto, inteligente y activa, si bien amaba entrañablemente a sus hijos, no solía consentirlos, ni gastaba con ellos inútiles ternezas para demostrarles su afecto. Madre ejemplar consciente de sus deberes, velaba solícita por la educación de sus hijos, informándose personalmente de la conducta de cada uno de ellos, tanto en la escuela como en el

Catecismo. Los acostumbraba, desde jóvenes, al trabajo, convenciéndolos de su necesidad para evitar el ocio, estímulo de todos los vicios.

Santiago y su esposa, que eran piadosísimos y temerosos de Dios, esmerábanse en infundir a sus queridos hijos, desde muy pequeños, las virtudes cristianas, persuadidos como estaban de tener en ellos un tesoro que el Señor les había confiado y del cual debían darle un día severa cuenta. En los días festivos toda la familia asistía a las funciones religiosas, empleando el resto del tiempo en la lectura de buenos y piadosos libros que aumentaban su instrucción y fortificaban su espíritu. Solemnizaban las fiestas principales, acercándose todos al Banquete Eucarístico, y, en los días ordinarios, si las ocupaciones no se lo impedían, no faltaban al Santo Sacrificio de la Misa. Esta familia patriarcal sin grandes bienes de fortuna vivía del cultivo de las pocas tierras que poseía.

Distinguíase Teresa, estudiosa y obediente, por su constante atención tanto en el Catecismo como en la Escuela, a la que asistía con gran gusto y aprovechamiento. Pero el Señor, que había determinado ya mostrarle el camino de la perfección religiosa, comenzó por ejercitarla, desde muy pequeña, en el espíritu de sacrificio.

Exigencias de familia obligaron a los padres de Teresa a retirarla de la Escuela y retenerla en casa, a fin de que ayudara en las faenas domésticas y en las labores del campo. ¡Qué doloroso fue este sacrificio para Teresa! Pero cuán útil para su propio perfeccionamiento, como ella misma lo confesara más tarde exclamando: «¡Oh sabia disposición de Dios, que no me permitió adquirir mayor instrucción proporcionándome así el medio de ejercitarme en la virtud de la humildad, de la que tanto necesito!»

A una admirable constitución física unía Teresa gran fortaleza moral, que si bien al principio se revelaba por cierta tenacidad de ideas que la hacían algo taciturna y reservada, dió enseguida los mejores frutos por la constancia de su voluntad que unida a su sano criterio la dotó de una potente fuerza de carácter.

La Vocación Religiosa



A correspondencia a la gracia es suave imán que atrae nuevos beneficios divinos. Así la fidelidad con que nuestra joven Teresa la conservó desde su primera unión Eucarística, fue disponiéndola para oír el divino llamamiento, el que despertó en su grande alma vivísimos deseos de ser toda de Dios y consagrarse a El, buscando su propia santificación y la salvación de muchas almas, especialmente en las tierras americanas. Manifestó este deseo a sus padres, encontrando en ellos una grande oposición. Su madre, impulsada por el cariño maternal, hízole algunas propuestas pintándole un risueño porvenir, convencida de que su hija cedería fácilmente a ellas, pero Teresa, que sentía vivamente la fuerza de la vocación religiosa y apreciaba el privilegio que el Señor le concedía al escogerla entre tantas y tantas almas, no titubeó, y con la humilde firmeza que exige el cumplimiento de la Santa Voluntad de Dios, respondió a sus padres: «Me haré religiosa y consagraré toda mi vida a Dios, que será para siempre mi dulce y celeste Esposo».

El descontento de los suyos fue grande, espe-

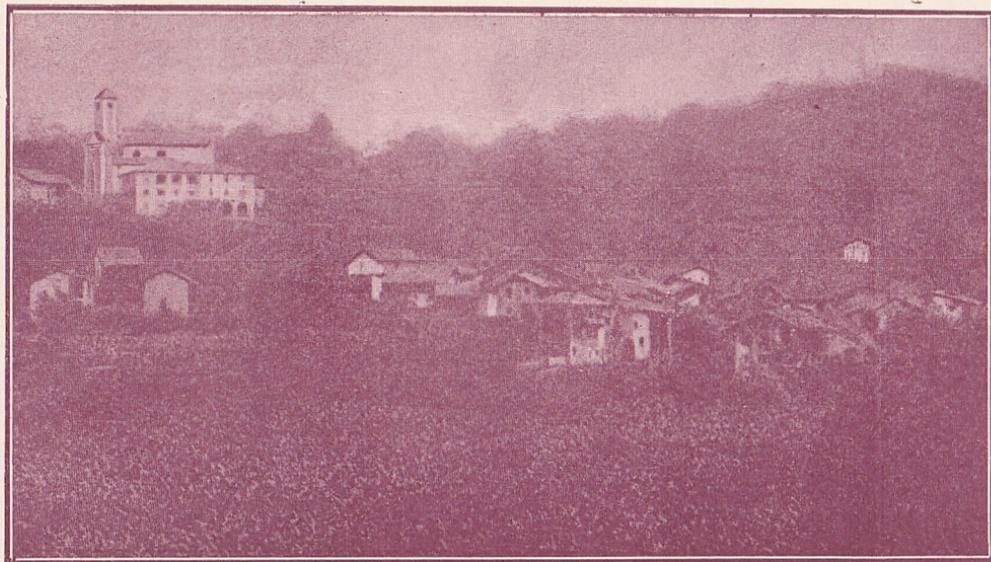
cialmente el de su madre, por lo cual Teresa se vió obligada a sostener grandes luchas que sufría silenciosamente, cuando un rudo golpe vino a sumergirla en el más grande de los dolores, afirmándola sin embargo en la resolución de abandonar el mundo y dedicarse al servicio de Dios.

El Padre, que se hallaba aún en todo su vigor, prometíase, así como toda la familia, larga y sosegada vida, cuando al caer de un árbol quedó muerto instantáneamente, el 25 de Octubre de 1867. Tal desgracia, como es de suponer, consternó a toda la familia, afectando de una manera particular a una de las hermanas mayores de Teresa, llamada Catalina, que con Lucía, otra de sus hermanas, trabajaba hacia varios años en la Parroquia de Estrambino, regentada a la sazón por el Com. y Teólogo J. B. Oglietti.

Catalina, cuya salud iba en decadencia después de la muerte del padre, fue atacada por una grave enfermedad que la obligó a renunciar a sus tareas y regresar a la casa paterna.

Este acontecimiento fue otro rudo golpe que traspasó el corazón de la pobre madre. Habiéndole solicitado que enviara otra de sus hijas para sustituir a la enferma, determinó mandar a Teresa, pensando con esto desviarle la idea de hacerse religiosa. Teresa hija obedientísima, aceptó creyendo que al mejorar su hermana volvería a ocupar su puesto, pero desgraciadamente algún tiempo después, moría Catalina dejando un nuevo y doloroso vacío en la familia. Dios, que todo lo dispone según sus amorosos designios, permitió con esta determinación aparentemente contraria, que la probada joven encontrase el camino más seguro de la realización de sus ideales.

En efecto, el Teólogo Oglietti, amigo y grande admirador de Don Bosco y de sus obras, la presentó al Beato solicitando la aceptara en el Instituto de



PECCO.—Pueblo donde nació Sor Teresa Gedda.

las Hijas de María Auxiliadora de reciente fundación. De este modo alcanzaba la suspirada meta con grande alegría de su corazón.

Una vez que se llenaron los requisitos indispensables se preparó la joven para partir, pero su alma en extremo sensible sintió la imperiosa necesidad de volver por última vez a la casa paterna y consumir el sacrificio por entero, dando el adiós en el propio hogar a sus queridos hermanos, a quienes confía el cuidado solícito de su buena madre, rogándoles que cuando ella esté lejos le comuniquen con toda cautela su última resolución. Pero el corazón materno no se engaña; la intuición que posee constituye una de sus más preciosas prerrogativas y el de la cristiana madre de Teresa presintió que había llegado la hora de la definitiva separación, por eso al verla alejarse dijo: «Teresa no volverá más, va a hacerse religiosa». Y no se equivocó.

En Marnés



TERESA volvió a Estrambino para despedirse del Teólogo Oglietti, partiendo inmediatamente con su hermano Antonio, para Valdocco.

Cuando llegaron a la puerta que era el término del largo camino recorrido, Teresa manifestó a su hermano el íntimo sentimiento que la dominaba, diciéndole con toda la alegría de su alma: «Esta es mi casa y lo será para siempre, porque de aquí no saldré más.»

Era el 8 de Noviembre de 1876. Contaba en-

tonces 23 años. La joven pasó el primer mes de su prueba en Turín y desde entonces mostró lo que sería en el futuro, pues a pesar de que muchas veces ardientes lágrimas corrían por sus mejillas al recordar a su madre, sobre todo sabiendo que no estaba contenta de su vocación, pronto se serenaba mostrándose humilde y activa, lo que hacía exclamar a las Hermanas: «Esta postulante si continúa así llegará a hacerse santa.» Y sus previsiones resultaron verdaderas. De Turín fue enviada a Mornés, donde tenía su sede la Casa Madre del Instituto.

Sor María Mazzarello, primera Superiora General, recibió a Teresa con toda la bondad de una verdadera madre y pronto la conoció a fondo. Madre Mazzarello prodigaba a las postulantes solícitos cuidados, dándoles ejemplos de virtud y formándolas sólidamente en la vida interior, intensificada en la oración y en el trabajo, al mismo tiempo les inculcaba la práctica del sacrificio heroico, a fin de que llegaran a ser verdaderas y amantes Esposas de Jesús Crucificado. La fervorosa Teresa encontrábase perfectamente en Mornés, pues empezaba a desarrollar el programa de vida que había anhelado viviendo sólo para su Dios y preparándose para extender esa llama de caridad a su querido prójimo, especialmente en las misiones donde haría conocer a su celestial Esposo, atrayéndole millones de almas para que lo amaran y glorificaran como ella deseaba hacerlo.

Con la docilidad propia de las almas que aspiran a modelarse en el Corazón Sacratísimo de Jesús y de su Santísima Madre, Teresa asimilaba las sabias y santas instrucciones de la piadosa Madre Mazzarello, imitándola con solicitud en la observancia de la Santa Regla. Convencidas las Superiores de que la dócil postulante sería una óptima

religiosa, la admitieron a la Toma de Hábito el 15 de Abril de 1877.

En este día su corazón rebosaba de júbilo al pensar que la nueva librea la vinculaba más estrechamente a la familia religiosa y en mayor intimidad con sus Superiores y Hermanas, podría imitarlas más de cerca y así correr más velozmente por los caminos de la perfección religiosa.

Como en toda nueva Institución, en la de las Hijas de María Auxiliadora sentíase la necesidad de adaptar pronto el personal a las exigencias del trabajo; por lo cual la joven novicia gozó poco tiempo de la casa Madre, obligada a partir a la filial de Alassio, anexa al Colegio Salesiano.

La misión de las Hermanas en esta casa era verdaderamente providencial, ya que debían hacer oficios de madres y hermanas, como lo hacía en Turín la buena Mamá Margarita, madre de Don Bosco, atendiendo al manejo económico del Colegio y contribuyendo al desarrollo, cada día creciente, de la grandiosa obra Salesiana. Sor Teresa, con todo el fervor de una Santa Novicia, llenaba a la par de las otras Hermanas, su triple misión de humildad, abnegación y caritativa prudencia, en continua unión con Dios, como lo había aconsejado la Madre Mazzarello al decirle: «Cumplid bien vuestro deber, teniendo el espíritu en continua oración.» Teresa, con esta perfecta correspondencia a la Santa Vocación, disponíase fervorosamente para emitir los Santos Votos, y en efecto el Señor le concedía esta gracia el 3 de Setiembre de 1877, día de la clausura de los Santos Ejercicios Espirituales realizados en Turín. Había llegado por fin el día feliz. La aurora suspirada por tanto tiempo despuntaba con claridades de sol y su alma rebotante de afectos santos y de divinos anhelos, cantaba el himno de acción de

gracias a su Dios que le concedía favor tan señalado. ¡Ya estaba consagrada totalmente a su Divino Esposo!

En las fervorosas plegarias que recitaba durante el Retiro, pedíale al Señor y a María Santísima, tierna Madre, que llenaran la medida de sus consuelos, tocándole el corazón a su buena madre a fin de que se determinara a presenciar sus místicos desposorios. El buen Dios no podía dejar de oír esta súplica filial y confiada; y la mamá de Sor Teresa no sólo asistió a la conmovedora profesión, sino que abrazando afectuosamente a su amada hija, lloraba junto con ella, no ya de pesar y disgusto, sino de alegría, pues la caridad y benevolencia de la Madre Mazzarello y demás Hermanas, como la paterna bondad de Don Bosco, la habían impresionado profundamente y ahora sólo tenía para ellos palabras de admiración.

Sor Teresa estaba en la plenitud del más puro gozo: su felicidad era completa pues sus deseos estaban satisfechos. ¡Era Hija de María Auxiliadora, Esposa de su amado Jesús!

Misionera hacia América



OR fin veía el Beato Don Bosco realizados sus sueños de Misionero, enviando a sus hijos, alentados de su mismo celo y espíritu de sacrificio, a las Misiones de América. En el año 1875 fundaron los primeros Colegios en la Argentina y el año siguiente en el Uruguay. A esta República

se había dirigido el entonces Don Luis Lasagna, más tarde Obispo titular de Trípoli, abriendo un Colegio y Oratorio Festivo en Villa Colón.

Muy pronto el infatigable celo del fervoroso Misionero, convirtió en vastísimo campo de labor esta fundación, viéndose obligado a recurrir al Padre en demanda de nuevos operarios para llenar las exigencias cada día más urgentes.

Presentaba también la apremiante necesidad de abrir un Colegio de Religiosas, por lo que le pedía mandase a las Hermanas, Hijas de María Auxiliadora, a fin de que éstas trabajasen en pro de las niñas y jóvenes, como los Salesianos lo hacían con tanto éxito en favor de la juventud masculina.

La bondad paternal de Don Bosco, no se hizo repetir la solicitud y en el Capítulo General celebrado el 1.º de Setiembre de 1877, determinó que con la nueva expedición de los Salesianos, salieran las Hijas de María Auxiliadora.

Así fue como pocos días después, el Beato Don Bosco comunicaba a la Superiora General del novel Instituto, la predilección de que era objeto por parte del Señor, al permitir que algunas de sus Hijas fueran elegidas para extender su Apostolado, llevando la antorcha del Evangelio a las jóvenes tierras americanas.

El 8 del mismo mes, fiesta de la Natividad de la Virgen, la Madre Superiora informaba a toda la Comunidad reunida al efecto, la determinación del Beato Don Bosco, alentando a aquellas que se sintieran con ánimo de consumir el sacrificio de sus más caros sentimientos, para ser portavoces del Nombre de Jesús en lejanas regiones, a que lo pidieran por escrito. Como todas eran aventajadas discípulas de la misma escuela de abnegación y de sólida virtud, la mayoría hizo la petición. Fueron escogidas seis, entre las cuales estaba Sor Teresa, que hallándose en Alassio, fue llamada con urgencia a Mornés.

Dispuesta como estaba para realizar sus vivos deseos de ser Misionera, acogió la nueva de su elección con transporte de júbilo. Dominada por estos sentimientos, dirigió a su madre una carta de despedida, en los siguientes términos:

V. J. M. J.

Queridísima mamá:

El Señor me colma de consuelos y beneficios sin número, pareciendo querer compensarme los sufrimientos y tribulaciones que experimenté en tiempos pasados. Me ha concedido las gracias más grandes que se pueden imaginar, y esto sin merecimientos por parte mía; he vestido el hábito religioso antes de lo que pensaba y héme ya consagrada totalmente a mi Dios. ¿Puedese imaginar favor tan grande? Sí, aún faltaba uno: llenar mis aspiraciones de Misionera, y he aquí, querida mamá, que me ha otorgado también esto. Mis buenos Superiores me han destinado para formar parte de la expedición que saldrá para América el 14 del próximo Noviembre.

¡Oh, qué contenta, qué feliz me siento previendo que iré a salvar muchas almas, que haré conocer el nombre adorado de mi Jesús, y que al fin de mis días recogeré con estas pocas fatigas una gloria eterna!...

Pero, queridísima mamá, no tema que yo pueda olvidarla, no, al contrario, su recuerdo y afecto me acompañarán constantemente y de continuo imploraré para Ud. y toda la familia las más selectas bendiciones del Cielo.

Envíoles afectuosos saludos a todos, hermanos, tíos y amigos. Abrazándolos efusivamente los dejo en el Sagrado Corazón de Jesús y bajo el manto de María Santísima.

Tenga valor, querida mamá, esté alegre y ofrezca de todo corazón este sacrificio; el Señor la recompensará con largueza.

Me despido abrazándola con toda el alma y ofreciéndome como siempre, su afectísima y querida hija,

SOR TERESA GEDDA,

H. M. A.

Mornés, 2 - Nov. - 1877.



CUADRO DE MARIA AUXILIADORA, que el Beato Juan Bosco bendijo para las primeras Misioneras.

El 6 de Noviembre, los Salesianos en Turín, en el Santuario de María Auxiliadora y las Hermanas en su Capillita de Mornés, efectuaban ante el altar la conmovedora función de despedida.

El Padre Juan Cagliero, que por disposición del Beato Don Bosco acompañó a los Salesianos a Roma, presentó también a la Superiora Sor María Mazzarello y dos Misioneras que la acompañaban, al Santo Padre, que las recibió en audiencia el 9 del mismo mes, y después de darles la bendición Apostólica, les auguró una fructífera misión, ya que iban al encuentro de una vastísima labor evangélica. Reunieron en San Pier d' Arena las Hermanas que regresaban de Roma y las que llegaban de Mornés, entre las cuales se hallaba Sor Teresa; ultiman sus preparativos de viaje, colocando en una valija cuanto sería menester para la celebración de la Santa Misa a bordo. Don Costamagna que ha cometido la travesura (sólo perdonable en él) de cogerse con toda cautela para no ser visto, el cuadro de María Auxiliadora de la Capillita de las Hermanas en Mornés, regalado y bendecido por el Beato Don Bosco, con el fin de llevárselo a Almagro, Buenos Aires, para donde él está destinado, confía su tesoro a la custodia de Sor Teresa Mazzarello.

A su vez, Don Cagliero entrégale otro hermosísimo cuadro que sólo al mirarlo obliga a participar de la paz y alegría que a torrentes brotan de los ojos de la Virgen Madre y del Divino Niño, que sonríen tierna y amorosamente. Esta imagen es obra maestra de un eximio pintor que habiendo perdido la vista la recobró por especial favor de María Santísima Auxiliadora, mediante una bendición del Beato Don Bosco. Este cuadro, «dijo Don Cagliero a las Misioneras», estuvo expuesto en el Templo de María Auxiliadora en Valdocco el día de su consagración,

y Don Bosco, después de bendecirlo nuevamente os lo regala. Llevadlo, y que la Divina Madre os acompañe en el largo viaje. (La Venerada imagen encuéntrase hoy en la Capillita del Noviciado de Villa Colón, desde donde continúa la Santísima Virgen sonriendo maternalmente, a las pequeñas florecillas que abren sus corolas en el jardín de María Auxiliadora).

El día 14, por la mañana, la Superiora Madre Mazzarello, acompaña a las Misioneras hasta el «SA-BOYA», vapor que debe conducir las al Uruguay.

Con solicitud materna les da los últimos consejos, las estimula a sacrificarse solo por la gloria y extensión del reino de Dios y por la salvación de las almas, despidiéndose de ellas con un cariñoso abrazo, segura que la Divina Providencia velará por sus amadas Hijas.

Arriba al Uruguay

ESPUES de casi un mes de viaje, avistaron por fin los Misioneros la tierra deseada, el 12 de Diciembre de 1877. Habiendo llegado frente a Montevideo creían desembarcar muy pronto, cuando, con amarga desilusión supieron que por haber desembarcado algunos pasajeros en Río de Janeiro, lugar infecto de fiebre amarilla, deberían seguir a la isla de Flores donde permanecerían nueve días en cuarentena.

Durante la travesía al Lazareto de las islas, que hicieron en un gran lanchón sin toldo, expuestas a

los ardientes rayos del sol de estío, Sor Teresa contrajo un dolor de cabeza que la acompañó casi diariamente hasta el fin de sus días.

Terminada la dolorosa cuarentena, desembarcaron en Montevideo donde fueron recibidas por Don Lasagna, y después de ser objeto de las finezas y bondad paternal de Monseñor Vera, Obispo de Montevideo, quedaron hospedadas durante un mes en el Convento de la Visitación. Allí estuvieron amablemente atendidas y agasajadas por las Reverendas Madres Visitandinas, formándose un estrecho vínculo con la caridad de estas buenas Religiosas y la gratitud de sus huéspedes; y como la Orden de la Visitación tiene por fundador al mismo San Francisco de Sales, el amable protector dado por el Beato Don Bosco a su Congregación, reconocieron un místico parentesco por el cual las Revdas. Madres de Santa María llamaron sobrinas a las jóvenes Hijas de María Auxiliadora.

El 3 de Febrero de 1878, nuestras seis Misioneras entraban a su propia morada. Era ésta una pequeña casita en Villa Colón, que bondadosamente les había preparado el distinguido señor Enrique Fynn.

A los cinco días tuvieron la felicidad de inaugurar una Capillita, pobre sí, muy pobrecita, pero enriquecida por la presencia del Rey de los reyes, Jesús Sacramentado; y con la compañía de la mística viajera que pasó a ocupar el puesto de honor después del de su Divino Hijo y que continuaba dispensando, ahora con mayor abundancia, sus sonrisas y favores maternos.

¡Cuántas reminiscencias, cuántos amables recuerdos despertaba en el corazón de las nuevas americanas el rostro materno de aquel querido cuadro y la infantil sonrisa del Niño, cuya contemplación disipaba toda nube de tristeza!

La reducida vivienda y las estrecheces propias de todo comienzo, siguieron fomentando la abnegación de nuestras Hermanas y pronto, como atraídas por divino imán, presentáronse las primeras alumnas, en su mayoría de la clase pobre, que fueron admitidas gratuitamente; otras compensaban en parte, ayudando así al desenvolvimiento de la incipiente obra.

El Oratorio Festivo también floreció rápidamente. El 22 de Marzo del mismo año, los tibios rayos del otoño que fecundaban la pequeña planta religiosa, hicieron aparecer el primer brote con la llegada de la primera postulante americana, Laura Rodríguez, que, formada en aquel ambiente saturado de virtudes, fue una santa religiosa.

La toma de hábito de esta postulante nos da margen para señalar uno de los primeros rasgos de sencillez de nuestra piadosa Sor Teresa. Faltaba el vestido blanco, que según tradición de la Casa Madre, debía vestir la postulante antes del hábito religioso y como parecía una falta a las Hermanas el que la novicia no lo llevara, Sor Teresa las sacó del apuro ofreciendo candorosamente un alba nueva recién confeccionada, que ella, como sacristana que era, guardaba con esmero.

El Señor, que se complace en las almas sencillas, permitió que la ofrenda fuese aceptada y la joven postulante se ataviase con aquella vestidura que debía inmortalizar el precioso día por ser la única toma de hábito realizada en tal forma.

Mientras la Comunidad vencía las primeras dificultades del nuevo ambiente, aumentaban las niñas de un modo admirable, tanto en las clases como en el Oratorio; y de este modo la pequeña simiente iba germinando con halagadoras promesas, convertidas más tarde en palpable realidad, pues hoy podemos contemplar con asombro el árbol gigantesco,



VISTA DE MONTEVIDEO, desde el punto llamado Bella Vista.

fuertemente arraigado, que se levanta frondoso, cobijando a la sombra benéfica de sus ramas, a millares de niñas y jóvenes del noble y cosmopolita Uruguay y de su risueña capital, Montevideo.

La nueva y pequeña casita, a más de que amenazaba ruina por su mala construcción, llegó a ser insuficiente, de modo que se pensó en cambiarla. En vista de la apremiante necesidad, el señor C. Uriarte puso provisionalmente a disposición de las Hermanas una bonita villa con jardín y huerto que ocupan hoy las novicias y aspirantes, embellecida y ampliada con nuevas y confortables construcciones.

Una interesante carta de Sor Gedda, escrita a su madre, nos revela lo feliz que se encuentra, sacrificándose en holocausto de amor, para cumplir la voluntad de Dios en el vasto campo de trabajo que le proporciona tantos consuelos. Estos mismos sentimientos manifiesta en todas sus cartas, recomendando siempre a los suyos la aceptación de las divinas disposiciones como medio infalible de alcanzar la verdadera felicidad.

Pero a pesar de su gozo en la consumación de tantos sacrificios, muchas veces sentidas lágrimas corrían por el rostro de la buena religiosa. La muerte de personas queridas la sumía en la más profunda pena. Primero, en el mismo año de su llegada a América, fallecía su bienhechor el Teólogo Oglietti; más tarde una de sus compañeras y primeras misioneras, Sor V. Magone y en seguida su propio hermano, joven clérigo a quien Sor Teresa amaba con ternura.

Y ahondando más en aquel sensible corazón, la intensidad del dolor llegó a su límite cuando fue arrebatada a su tierno afecto filial la incomparable Superiora Sor María Mazzarello, su madre espiritual, a la que tanto amaba y a quien tanta gratitud debía

por haberla formado en la vida religiosa, vaciándola en el molde de sus virtudes.

Abundantes lágrimas hacían brotar de sus ojos estas pruebas, pero en cambio robustecían su espíritu de fe, de oración y de desprendimiento de las cosas terrenales.

Continuas ascensiones



I, en cuanto a la vida física la fisonomía revela la identidad de familia, no menos sensible resulta esta revelación en cuanto a la vida espiritual. Esto lo comprobamos en nuestra Sor Teresa, dotada de todos los rasgos característicos de su activo y amado Padre el Beato Don Bosco.

La vemos en Villa Colón donde las Hermanas que tuvieron la dicha de convivir en intimidad con ella, atestiguan todas unánimemente que desempeñaba con la mayor perfección los oficios de sacristana, portera, enfermera y ropera, que le habían sido confiados simultáneamente, buscando siempre en ellos lo que imponía mayor sacrificio y oscuridad. Con esta vida fervorosa mediante la cual iba ascendiendo momento por momento la mística escala, se consagró perpetuamente al Señor el año 1883, poniendo así el sello a la total ofrenda que de sí misma hacía a su casto Esposo.

Habíase apropiado el lema de su gran santa: «No quiero servir al Señor como sierva mal retribuida», y agregándole estas divinas palabras: «Servite Domino in laetitia», formó el suyo propio; lema

que realizó constante hasta los últimos momentos de su preciosa vida.

Después de varios años de continua y provechosa labor, sobre todo con el ejemplo que daba a sus hermanas y a las novicias, de las que fue asistente y maestra por algún tiempo, fue trasladada en 1891 con el cargo de Directora, a la casita anexa al Colegio Pío IX en la misma Villa Colón, a poca distancia de la primera. Desarrolló aquí, como en los años precedentes y siempre con igualdad de carácter, espíritu de noble sacrificio y humilde actividad, su vasto programa delineado con claridad de luz celestial.

El Señor, que quería cincelar en Sor Teresa el modelo de todas las virtudes en pleno ejercicio, le exigía en seguida una nueva obediencia pidiéndole dejara su humilde casita donde ya habían anidado sus afecciones maternales. Pronta a ejecutar las órdenes de las Superiores, en las que veía la Santa Voluntad de Dios, dispúsose a cumplirla en toda su extensión aceptando con alegría no sólo el sacrificio de la separación sino también el del amor propio, trasladándose a la casa de Las Piedras, no ya como Directora sino como Vicaria de una joven religiosa que había sido su postulante y novicia ¿Exigió razones? ¡No!

Y cuando la nueva Superiora, por su viveza de carácter, le hacía observaciones, frecuentemente inmerecidas, ante la pequeña comunidad, jamás se vió a Sor Teresa mostrar el menor resentimiento hacia quien era Superiora suya por título y autoridad.

Por este tiempo una dolorosa prueba vino a traspasar con intenso dolor su alma sensibilísima: la muerte le arrebató a su querida mamá el 24 de Diciembre de 1893.

Sor Teresa sabiéndola enferma le había escrito varias veces alentándola a ofrecer sus padecimientos

a Jesús Crucificado; cartas que confortaban a la buena señora y cuya lectura le daba más ánimo para sobrellevar el sufrimiento.

Si bien Sor Teresa recibió la prueba someténdose resignada a la voluntad de Dios, no dejó por eso de derramar preciosas lágrimas, ofreciendo muchas y fervorosas oraciones y continuos sacrificios para acelerar al alma de su cristiana madre la posesión de la gloria eterna.

Después de tres años de permanencia en este lugar, la obediencia le señala otro rumbo. La prudencia, caridad y actividad de Sor Teresa deben aprovecharse ahora, por disposición superior en la Escuela Taller y Colegio de María Auxiliadora, en Montevideo.

Aquí se hace visible la acción de Sor Gedda, a tal punto que se podrían llenar las páginas de un grueso volumen si transcribiéramos los innúmeros testimonios que presentan las personas beneficiadas con sus virtudes.

Superioras, Hermanas, niñas y toda clase de personas declaran unánimemente que su igualdad de carácter, su perenne sonrisa y su bondad sin límites que revelaba en el desempeño de asistente, enfermera y ecónoma de la casa, oficios todos que le daban un cúmulo de trabajo, hacíanla aparecer como el modelo de las más heroicas virtudes puestas continuamente en práctica.

Multiplicábase para dar gusto a todas; y cuando acontecía que por algún motivo no podía hacerlo, excusábase humildemente y con un gesto de benévola delicadeza, prometía sonriendo complacer en la próxima oportunidad.

Las energías de su espíritu, cada día más vigorosas, contrastaban con sus fuerzas físicas que iban en decadencia, sufriendo frecuentemente dolorosos males corporales y aflicciones del alma.



CASA DE NOVICIADO EN VILLA COLON

Pero sus ansias de asemejarse a Jesús Crucificado y la generosidad de su alma que sólo anhelaba consumirse en holocausto de amor, le daban bríos para aparecer en la brecha, siempre sonriente, como lo atestiguan muchas hermanas, sin que jamás pronunciaran sus labios una palabra de queja o de lamento.

Sólo en los momentos álgidos de sus ocupaciones o dolores oíasele exclamar con toda suavidad: «Al Paraíso, al Paraíso, cuatro días más y después al Cielo, al Cielo. Plegaria y trabajo, trabajo y oración; he aquí el lema de nuestro querido Padre y Fundador el Beato Don Bosco.»

Concretando lo mucho que aún podría decirse de la actuación de Sor Teresa Gedda en el Uruguay, nos limitaremos a asegurar que sus grandes virtudes han dejado resonancias y hacen que su memoria viva latente para servir de santo estímulo en la observancia religiosa.

Su retorno momentáneo a Italia después de 23 años de labor en el Uruguay



L Señor que señalaba con anticipación el programa de la vida de la santa religiosa y que no quería dejarse vencer en generosidad por su fiel sierva, quiso remunerar también materialmente la fidelidad de su santa Esposa en corresponder a la gracia, proporcionándole una alegría de las más puras, al ofrecerle la oportunidad de volver a Italia, a donde iría a revivir los caros afectos cre-

cidos al calor del hogar paterno y de la casa solariega de la vida espiritual.

En efecto, en el mes de Setiembre de 1900 las Superiores señalaron a Sor Gedda como compañera de una Hermana que era llamada de Europa por justificados motivos.

En esta circunstancia conoció Sor Teresa la nueva Casa Madre del Instituto en Nizza—Monferrato. La grandiosidad del local le produjo profunda admiración pero su pensamiento voló con nostálgico afecto a la humilde casa de Mornés, cuna de su vida religiosa y cuyo recuerdo se había grabado indeleblemente en su corazón tan sensible.

Son grandes y muy legítimos por cierto, los deseos que tiene Sor Teresa de volver a contemplar las risueñas colinas, testigos de su infancia espiritual, evocadoras de dulces recuerdos, pero el espíritu de mortificación, tan arraigado en ella, no le permite exteriorizarlos y acepta, por el contrario, con el beneplácito de las Superiores, la invitación que le hacen sus parientes para que vaya a visitarlos en su tierra natal, procurándole de esta manera una justa satisfacción.

¡Qué conmoción y dolor le produce la ausencia de su amada madre y de tantos otros seres queridos que también habían desaparecido ya! Pero, alma fuerte, se sobrepone a sí misma, y robusteciendo su fe, presenta al Señor la ofrenda de estos sentimientos.

Fue breve su estadía en Italia.

El Señor que forma sus santos en el Calvario, no podía dejarla por más tiempo en el Tabor, y la invita a realizar un nuevo sacrificio, destinándola para la fundación de una casa en la República de Méjico.

¡Puede suponerse cuánto costaría a Sor Teresa este holocausto!... Ya habían pasado sus mejores años, sus fuerzas estaban debilitadas, y se veía pre-



COMUNIDAD DEL COLEGIO MARIA AUXILIADORA, en Montevideo, en tiempo de Sor Gedda.

cisada a cambiar de Inspectoría... Sin embargo su espíritu está siempre pronto a la abnegación y bien lo prueba la respuesta que da al conocer la voluntad de los Superiores, al ser interrogada si está dispuesta a partir: «Soy siempre hija de obediencia». Nobilísimo ejemplo de sumisión. ¿Cabe mayor grandeza de alma? De su corazón, como de todos los corazones nobles, despréndese el reflejo de la divinidad alcanzando el más alto grado de heroísmo en la práctica de la virtud.

El amor de Dios, es el móvil de su vida religiosa, que quiere llevarla a la más alta perfección.

Iluminada con divinas claridades, comprende que su vida laboriosa no debe limitarse simplemente al estricto cumplimiento del deber: por esto sin más vacilaciones, pronuncia con la sonrisa en los labios: «Fiat, Jesús mío...»

Partida para Méjico



El nuevo da un adiós a su caro terruño nativo y después de rendir afectuoso homenaje a sus Veneradas Superiores, exteriorizándolo al aceptar la importante y difícil misión que se le confía, estruja su sensible corazón y marcha a consumir el sacrificio reconcentrado en estas—dolorosas pruebas—como ella las llamaba, pues, a más de que adquiriría una nueva responsabilidad, tenía que abandonar para siempre a su segundo nido religioso, el rincón Uruguayo, donde había estrechado tan afectuosos vínculos con sus inolvidables hermanas y queridas

niñas. Añádase a esto una circunstancia que imponía a su espíritu profundamente religioso un nuevo y grande desprendimiento. Veíase obligada a entrar en su nuevo campo de trabajo, despojada de su hábito religioso. Al realizar cuya operación, gruesas lágrimas cayeron de sus ojos, pero serenándose pronto su espíritu y reprochándose a sí misma la debilidad exteriorizada exclamó sonriendo: «Y bien este manto da aire de persona digna y recogida: además no es el hábito que hace el monje. Sea, pues, esta una nueva prueba de fidelidad a nuestra santa vocación».

El 26 de Diciembre entraban en Méjico nuestra buena Sor Teresa y las tres Hermanas que la acompañaban, dirigiéndose en esta capital a la Colonia de Santa Julia, desde donde partieron nuevamente el 9 de Enero de 1901, a Morelia, tomando posesión del Colegio San Vicente de Paúl, cuya dirección debía asumir Sor Gedda y que había sido regentado hasta entonces, por beneméritas Maestras seglares.

Directora del Colegio de San Vicente de Paúl, en Morelia



OR Gedda, como había sido óptima súbdita, fue también excelente Superiora. Con su maternal corazón y poniendo en práctica el espíritu del Beato Don Bosco, era toda bondad y dulzura para con las Hermanas y niñas, usando con ellas indistintamente, todas las delicadezas y cuidados de una verdadera madre.



MORELIA.—Alumnas internas del Colegio San Vicente durante el gobierno de Sor Gedda.

Su paciencia y tolerancia, soportaban y mejoraban los caracteres más difíciles, facilitándoles el cumplimiento del deber, con amorosos consejos y descendiendo hasta ir a buscar cariñosamente a aquellas que sentían cierta repulsión en cumplir algunas de las prácticas reglamentarias, como lo atestiguan las mismas Hermanas y ex-alumnas beneficiadas no una sino muchas veces, por la benevolencia y humildad de Sor Teresa.

No menos solícita se mostraba como enfermera y ropera, oficio que desempeñaba por no haber a quien confiárselo. Olvidábase por completo de los dolores que frecuentemente la aquejaban y de los que jamás se le oía quejarse, dispensando atenciones y cuidados con la más exquisita caridad, a quienes necesitaban, ya fuera pasajero o grave el mal de que adolecían. A esta perfecta bondad de corazón unía una viril entereza de carácter, cuando el deber o la práctica de la verdadera virtud lo exigía.

Sentía, como el Beato Don Bosco y la Madre Mazzarello, un acendrado amor por las niñas y en especial por las más necesitadas; y éstas, atraídas por suave y maternal bondad, la amaban y veneraban como a una afectuosa madre.

Narran las primeras alumnas internas; «Era la Directora, Sor Teresa, un ángel de bondad que con su carácter dulce, su modestia, su espíritu de sacrificio y su continuo dominio sobre sí misma, ganábase el afecto espontáneo de todas. Su maternal corazón no podía ver sufrir, y así la vemos buscando y consolando a las alumnas recién entradas al internado que lloraban la dolorosa separación de los suyos.

Durante el año escolar, continuaba su piadosa misión de Verónica y también de Cirineo, dejando

con frecuencia, toda ocupación para atender nuestras quejas, o súplicas o simplemente para recibirnos cuando teníamos deseos de gozar algunos momentos de su compañía.

Generalmente sus maternos coloquios consistían en enseñarnos los medios más eficaces para demostrarle nuestro reconocimiento a la Santísima Virgen, Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de Méjico. Enfervorizábanos para celebrar su fiesta el 12 de Diciembre y en diversas ocasiones nos conducía en peregrinación a alguno de sus Santuarios.

Sor Teresa era para todas nosotras, la santa de la casa, y como tal, la hacíamos reconocer a nuestros parientes que llegaron a estimarla al punto de exclamar: «Verdaderamente quien vive en su compañía debe sentirse feliz». ¿Y quién no recuerda las «Buenas noches» de Sor Teresa?

Breves momentos antes de sonar la campana para las oraciones de la noche, se suspendía el juego, y entonábase una alabanza que ordinariamente era una Comunión espiritual «Ven, oh Jesús amado» cantada por todas, Hermanas y alumnas, mientras paseábamos por el corredor de la Capilla.

Terminado el canto, Sor Teresa dirigía la palabra. Su tema, las más de las veces, era la Comunión del día siguiente. Enseñábanos a emplear la mañana en dar gracias a Jesús por haberse dignado darse a si mismo en alimento y la tarde en prepararnos fervorosamente para la Comunión del siguiente día. Nos recordaba las piadosas intenciones e invocaciones propias para cada día de la semana, recomendándonos, encarecidamente, la distinción que debíamos hacer del Sábado, especialmente consagrado a la Santísima Virgen, animándonos a honrar a la Celestial Madre con alguna mortificación o con plegarias más fervorosas.

Podemos asegurar, que aquellas inspiradas palabras, pronunciadas con toda la sencillez de su alma candorosa, caían en nuestros corazones, como rocío matinal que vigoriza las verdes hierbecillas del prado.

Para amenizar la vida colegial, convertía frecuentemente los paseos semanales reglamentarios, en verdadero solaz campestre, añadiendo a la merienda ordinaria, algunas golosinas.

Premiaba anualmente la mejor conducta observada en el mes de María, llevándonos a Patzcuaro, paraje delicioso por los encantos de la naturaleza, y en el que se eleva un Santuario hermosísimo, dedicado a Nuestra Señora de la Salud.

Estos paseos que tenían siempre un fin de devoción constituyendo además un estímulo y galardón para quienes habían tenido las mejores calificaciones, eran, muchas veces, ocasiones de conflicto entre la justicia de las Profesoras y Asistentes y la misericordia de la bondadosa Directora, Sor Teresa, particularmente cuando se trataba de las chiquitinas. ¡Cómo eran protegidas por quien reemplazaba a sus mamás!

En cierta ocasión una de las medianitas (que en todo internado son siempre las más trabajosas) tenía cuentas pendientes con su asistente, que levantando en alto la vara de la justicia, no quería ceder, alegando las razones por las cuales su pequeña subordinada no debía ir a paseo. El corazón materno de la buena Superiora sufría debiendo tomar tal determinación, y de otra parte comprendía que la Hermana estaba en su derecho al proceder así. ¿Qué hacer? La caridad es industriosa y Sor Teresa encontró como salvar la situación recurriendo al Reverendo Padre Director de la casa Salesiana y Capellán del Colegio, presente en ese momento, quien solucionó inmediatamente el problema dándole la

bendición a la pequeñuela y diciéndole: Vete en paz y en adelante pórtate bien para que no pongas a tu buena Directora en tan serios aprietos. Deberás ser un modelo en el próximo mes del Sagrado Corazón. Triunfante la chiquilla fue a ocupar su puesto en la fila entre las compañeras.

Sor Teresa era la primera en cuidar de su amado rebaño, y en estas excursiones, ella pensaba siempre en la parte religiosa dejando a las asistentes el cuidado de divertir santamente, a las alumnas.

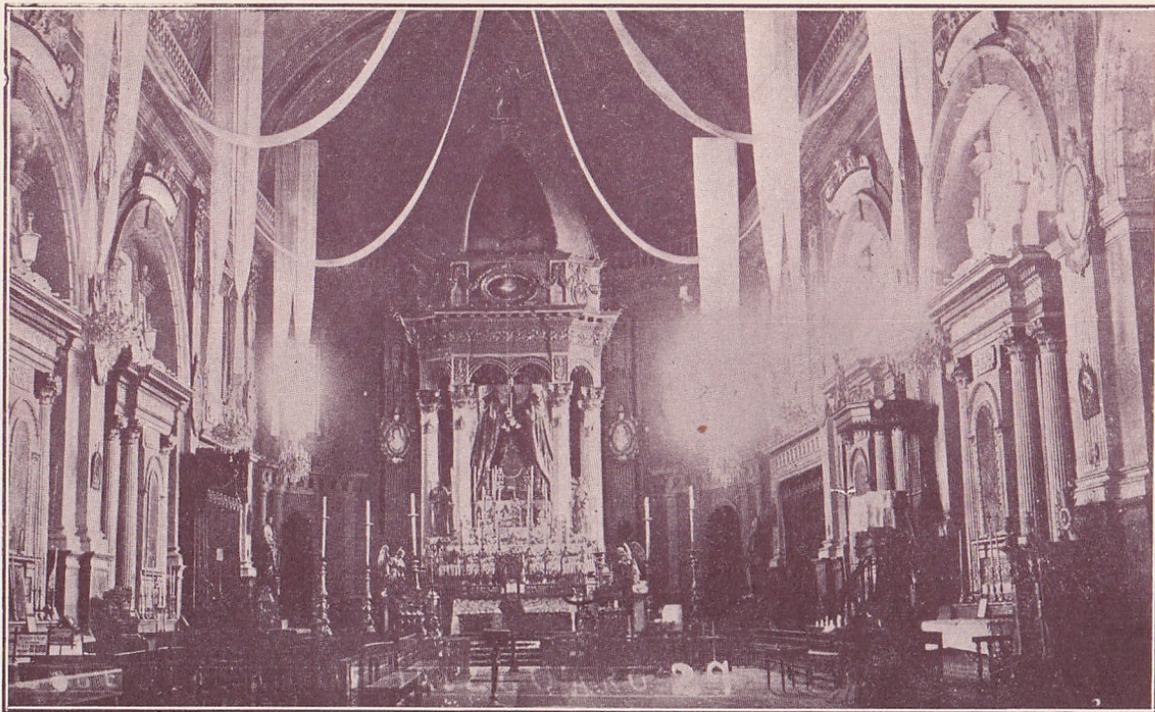
Concuerdan perfectamente con los testimonios de las niñas los de las Hermanas, quienes encontraban en Sor Gedda, no solamente a la Superiora santa, sino también a la madre bondadosa dispuesta siempre a complacer hasta el límite posible.

Demostrábales afecto sincero y desinteresado, les prodigaba las más delicadas atenciones, los más exquisitos cuidados, tanto cuando estaban sanas, como cuando se hallaban enfermas, ayudábalas en sus trabajos particulares, tratando de aliviarles la fatiga, compartía sus deseos y tomaba parte en sus penas

La primera en el trabajo, en el sacrificio y en la observancia de la Regla, procuraba ocultarse hasta desaparecer especialmente cuando el éxito coronaba la obra, atribuyendo los loables resultados a los méritos y actividades de sus auxiliares: y afirmando con gran convicción que ella era una nulidad, incapaz de cualquier obra buena.

Previdente, anticipábase a las necesidades de sus Hermanas, proveyendo luego a ellas con espontánea delicadeza. Modelo de religiosidad, era un viviente estímulo para la práctica de la virtud, especialmente de la observancia de los Votos Religiosos.

Sus virtudes eran sencillas, dulces y suaves y por tanto amables, que no solamente cautivaban a



INTERIOR DE LA BASILICA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

los de la familia, sino también a las personas más distinguidas, tanto eclesiásticos como seculares, captándose su alta estima y veneración, hasta el punto de llamarla «Sor Teresita, la santita».

El aprecio y confianza de sus Hermanas se manifestó eligiéndola en el año 1905, delegada al Capítulo General que debía celebrarse en la Casa Madre, siéndole dado así volver a Italia por segunda vez.

Aquí demoró algunos meses antes de volver a Méjico y en la convivencia con las Hermanas que tuvieron la dicha de tratarla, dejó marcadas las huellas de sus brillantes virtudes de humildad, caridad y espíritu salesiano.

Terminada su actuación en Italia, Sor Teresa regresó a Morelia, donde era esperada con filial y afectuosa impaciencia. Llegada aquí y recibida con las mejores disposiciones de cariño, su atención fue para sus Hermanas a las que manifestaba su agradecimiento por lo mucho que habían trabajado en su ausencia, levantando, casi en su totalidad, el nuevo brazo de edificio, a base de grandes y costosos sacrificios, que debieron continuarse hasta ver concluida la obra el 2 de Diciembre de 1906, día de su inauguración.

En este año terminaba el segundo período de su gobierno. Sabedora que, según las Constituciones del Instituto, no podía quedar en la misma casa como Directora, y convencida de que los adelantos y triunfos, obtenidos hasta entonces, eran el fruto de la inteligente labor de sus colaboradoras, le suplicó a la Reverenda Madre Visitadora que confiara la dirección del Colegio a su primera auxiliar, dejándola a ella como portera.

Convencida la Superiora de que aquella espontánea manifestación no era sino el eco de sus sentimientos, e hija de su gran virtud, díceles: «Acepto

tu buena voluntad, pero no quedarás aquí como portera sino que irás a Puebla, como Directora de las Hermanas, dedicadas a la ropería y cocina del Colegio Salesiano.

Sor Teresa acepta con toda sumisión, dispuesta a seguir la voz, para ella tan suave, de la santa obediencia. Pero ¿no sentía alejarse de Morelia? ¡Oh, sí lo sentía y con justa razón! Cuando había entrado en aquella casa, el Instituto no poseía en ella un palmo de tierra; era apenas un simple externado con profesoras seglares, todas personas de bastante edad, sin organización ni principios Salesianos y por lo tanto ofreciendo grandes dificultades para su regencia: ahora dejaba un hermoso Colegio con casa propia, donde revoloteaban alegremente 500 externas sin contar las internas en buen número. Cursos elementales y normales, dirigidos sólo por las religiosas, y un floreciente Oratorio Festivo. Todo esto sin tener que lamentar disensiones, diferencias, ni desconciertos, pues ella había pasado ganando voluntades y uniendo corazones.

¿Iba contenta para Puebla? Sí, porque esa era la disposición de Dios y porque sus aspiraciones la llevaban a sacrificarse en una vida oscura, exenta del brillo de los consuelos humanos.

El tiempo pasado en Alassio, durante el Noviciado, y el que más tarde pasó como Directora en la pequeña casa de Villa Colón, atendiendo la Casa Salesiana, fue siempre para ella motivo de dulces recuerdos: por eso, aun en Morelia, sin ninguna obligación, hurtaba al necesario descanso del día y de la noche algunas horas que dedicaba al remiendo y cuidado de la ropa de los Salesianos de dicha ciudad.

Y como no siempre podía hacer ella sola este trabajo, invitaba a las Hermanas, y, a manera de

premio, las mejores alumnas, las que se prestaban con filial solicitud para complacer a su buena y querida Directora. Por esta razón nadie ponía en duda que fuera contenta a Puebla, donde podría continuar en mayor escala el trabajo preferido por su humildad y generosidad.

En Puebla



L 3 de Abril de 1907, Sor Gedda llegaba a Puebla, donde comenzó inmediatamente su misión de continuo trabajo y escondido sacrificio, que tan bien se avenía con su humildad; sin embargo la silenciosa y prolongada ausencia de sus queridas niñas, y sobre todo la falta de Jesús Sacramen en su casita, le hicieron sentir la nostalgia del Colegio que dejaba. Pero Sor Teresa, como buena Hija de María Auxiliadora, no se abisma en sus penas, sino que levanta su espíritu pensando que su acción ahora sobre las niñas es indirecta, y, por ellas ofrece a Dios su diaria y humilde abnegación y fervorosas plegarias.

Con la frecuencia que se lo permiten sus obligaciones, visita a las niñas del cercano Colegio y Oratorio de María Auxiliadora y, aprovechando todas las ocasiones de acercarse a ellas, las acompaña en circunstancias especiales, al Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe de la ciudad.

No menos ingeniosas para combatir la tristeza que le producía la ausencia de Jesús Sacramentado

en la pequeña y pobre casita, despliega todos sus esfuerzos, y fervorosa y prudente como era, llena pronto los trámites necesarios para obtener una Capillita en la Casa, lo que consigue después de allanar dificultades, triunfando su sólida y humilde piedad.

Radiante de gozo le escribe a la Revma. Madre General, comunicándole la nueva y expresándole su alegría, que no tiene límites, al tener en casa la presencia real de Jesús, al que puede ahora visitar con frecuencia durante el día y acompañar por la noche, contemplando desde el dormitorio, la luz de la lamparilla que vela junto al Sagrario.

La solemne bendición de la Capilla y la erección del Via Crucis, ofrécentle a la buena Sor Teresa, ocasión de pasar horas de alegría, en compañía de sus Hermanas y niñas del Colegio de María Auxiliadora que fueron invitadas a las sagradas funciones y luego agasajadas con una sabrosa merienda.

En tal día parecíale a Sor Gedda, rejuvenecer, en medio del bullicio y alegría de esa juventud que tanto amaba y de la que se sentía igualmente querida. Así también aquí, en la minúscula casita, la piadosa Sor Teresa, fué santificando sus días, bajo la continua mirada de Dios.

Caritativa y solícita vivía en constante actividad, prestándose para ayudar a sus Hermanas, ya en la cocina en las horas de mayor sacrificio, ya en la sala de costura, ultimando la ropa que requería algún arreglo o bien en el lavadero, gozando siempre en poder desempeñar estos humildes oficios y procurando el no ser vista, para lo cual se levantaba muy de mañana, antes que la Comunidad, siendo también la última en acostarse, evitando de esa manera que sus Hermanas se opusieran o disgustaran porque ella se anticipaba en el desempeño de esos penosos trabajos.



PRIMERA APARICION

SEGUNDA APARICION

PRIMERA APARICION DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE
(Méjico)

Mas en esta tarea material que Sor Teresa sabía espiritualizar, con el fervor de su santa alma, no concretaba toda su misión, sino que desplegaba su santo y fecundo celo, aprovechando todas las ocasiones que se le presentaban para llevar almas a su amado Jesús, invitando a las personas que se le acercaban, a pasar unos momentos en compañía de Jesús Sacramentado a fin de que se confortaran en las penas y enfervorizaran sus corazones.

Otras veces se hacía el deber de visitarlas cuando la caridad o el reconocimiento lo exigían, aprovechando la ocasión para dejar caer la semilla del buen consejo o el bálsamo de la resignación y conformidad a la Santa voluntad de Dios.

Sor Teresa aveníase muy bien, fuesen las que fueren las exigencias de sus caracteres o estado de salud, con las Hermanas que formaban su pequeña Comunidad, de modo que estas la amaban y estimaban sinceramente como Madre bondadosa y Superiora.

Del mismo modo era venerada y muy estimada por los superiores y alumnos del Colegio Salesiano que no sólo la consideraban como verdadera Madre y solícita Hermana, sino que tenían en ella una caritativa bienhechora que se imponía gustosa el doble sacrificio de emplear el escaso tiempo de que disponía para extender la mano y obtener limosnas con qué cubrir muchas de las múltiples necesidades materiales que en aquel entonces sufrían.

Todas las personas, en general, la tenían en concepto de santa y sentíanse felices cuando, acercándose a ella, podían aspirar el perfume de su humildad traducida en palabras o hechos que eran verdaderos pétalos de caridad Salesiana.

De Méjico a Nicaragua



TIEMPO hacía que Granada, una de las principales ciudades de la República de Nicaragua, América Central, venía reclamando la apertura de un Colegio que ofreciera vastísimo campo de trabajo, para las hijas de María Auxiliadora.

Pasando por Méjico en visita extraordinaria, la Revda. Madre Vicaria General del Instituto, pidió a la Visitadora de esta República parte del personal necesario para llevar a cabo la fundación en Granada. Si bien no era muy abundante el personal en esta Inspectoría, la Superiora Provincial, deseando complacer a la Superiora mayor, designó a Sor Francisca Lang, que en Morelia había sido Vicaria de Sor Teresa, y a ésta, de la que no se dudaba que aceptaría cualquiera propuesta que se le hiciera siendo proverbiales su fidelidad y sólida virtud.

La Reverenda Madre Vicaria General, satisfecha del ofrecimiento, determinó que la primera fuese la Directora, por poseer las aptitudes exigidas para llevar a cabo la nueva fundación y que, la segunda, la buena Sor Gedda, en consideración a sus sesenta años cumplidos y a su salud que iba debilitándose, asumiera la responsabilidad de la portería, cargo que por entonces y debido a las graves circunstancias, hijas del calamitoso estado por que atravesaba el país, después de largos años de guerra intestina, exigía para su desempeño una persona de probada prudencia, de reposado criterio y nobleza en el trato, para

allanar fácilmente, las grandes dificultades que podían presentarse.

En verdad, la elección no podía ser más acertada, por que a la vez que se obtendría la seguridad del éxito, confiando este cargo a persona tan apta, quedaban, por fin, satisfechos los constantes deseos que desde hacía mucho tiempo manifestaba Sor Teresa, de ser subalterna de quien había sido su auxiliar, y ocuparse en el humilde oficio de portera.

Interrogada Sor Teresa por la Reverenda Madre Vicaria General, si estaba dispuesta a ir a Granada, la santa Religiosa irradiando los destellos de su heroica virtud, contestó: «Si mi buen Jesús me pide este sacrificio, estoy pronta a cumplir su santa Voluntad, manifestada por mis superiores». «Confieso, prosigue, que siento al dejar la Inspectoría Mexicana, a las Superiores y a mis Hermanas, pero si el Señor así lo exige, sea todo para su mayor gloria»; y así diciendo, dos gruesas lágrimas asomaron furtivamente a sus ojos... pero, reaccionando al instante, agregó: «Perdone mi debilidad, querida Madre, que voy gustosa a complacer a Jesús, a mis Superiores y a conquistarme un nuevo mérito para el Cielo.»

Verdaderamente que las Superiores, secundando la acción del Señor, debieron acallar la voz del corazón, para no atender más que a la necesidad apremiante de abrir la nueva casa, pues conocían que estos sacrificios eran muy sensibles al espíritu y corazón de la Santa Hermana, si bien los consumaba como verdadera Religiosa.

En esta como en anteriores ocasiones, en que el buen Jesús le pedía algún holocausto, Sor Teresa dejaba exteriorizarse el espíritu de fe y obediencia que la dominaban. Y así, en fraternal conversación con sus Hermanas, les decía: «La obediencia me es

costosa: pero Dios así lo dispone, y así sea. Acepto y ofrezco contenta este sacrificio, para obtener mi perseverancia y la de mis queridas hermanas.»

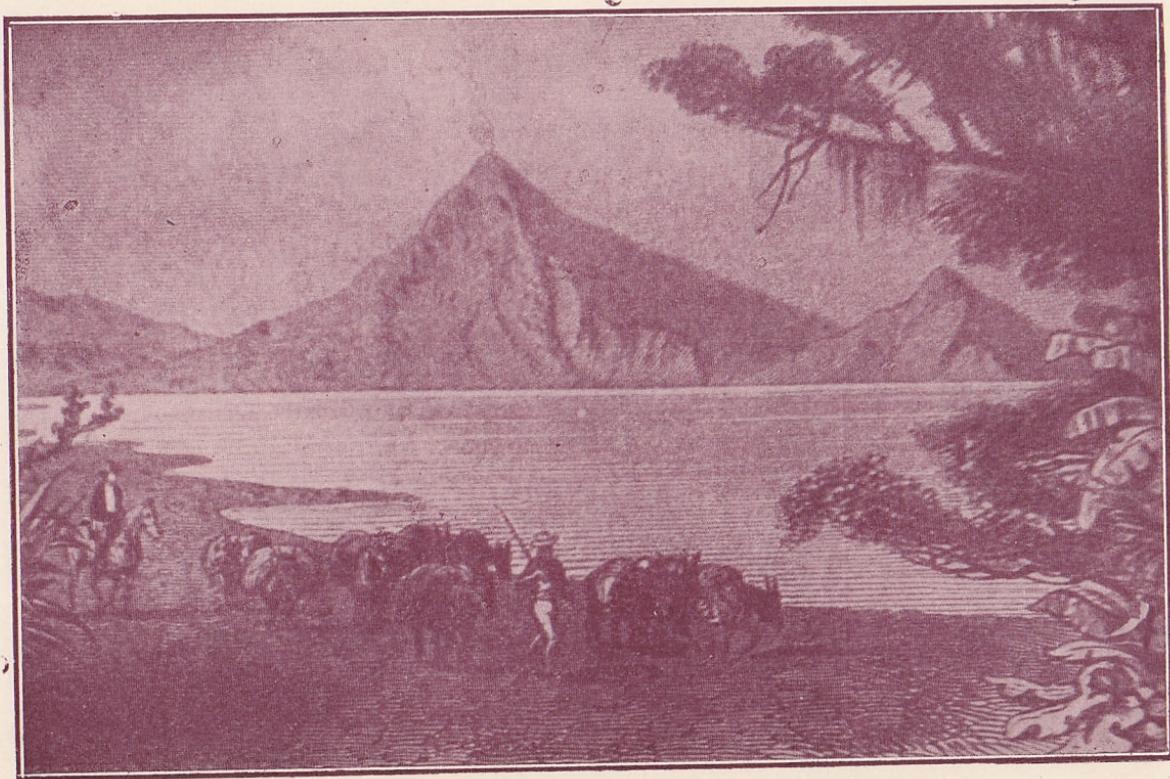
Respondiendo a una de éstas, que para librarla de la pena que sentía con esta separación, se ofrecía a sustituirla, le dijo: «No, mi buena hermana, le agradezco su amable ofrecimiento, pero quiero consumir por entero el sacrificio, porque debo ser generosa e ir a donde el Señor lo dispone.»

Refieren además las Hermanas que en esta circunstancia se pudo apreciar el desprendimiento que tenía de sí misma. Sor Teresa, olvidándose de que tenía que emprender viaje, se ocupa sólo en ordenar cuanto se relacionaba en el cumplimiento de su cargo, hasta en sus menores detalles, a tal punto que, media hora antes de partir, no había pensado en disponer de un instante siquiera para sus cosas.

Llegado el momento, dejó Sor Gedda la casa Inspectorial de México donde había pasado algunos meses y, después de un viaje de varios días, arribó a San Salvador, en compañía de su Directora, siendo ambas recibidas con las mejores demostraciones de afecto, pero, con veneración especial nuestra Sor Teresa, por razón de haber llegado hasta allí el eco de su santidad, pues ya todas la conocían por la Hermana Santa de Mornés.

Aquí aprovechó bien la humilde religiosa, la ocasión para presentar a su Directora, haciéndola preceder en toda circunstancia, mientras ella se ocultaba cuanto podía.

Después de unos días, emprenden de nuevo su viaje y llegan a Corinto, desde donde, por Managua, capital de la República Nicaragüense, se trasladan a Granada, después de un trayecto de once horas en ferrocarril.



LAGO DE NICARAGUA CON SU VOLCAN DE MOMOTOMBO

También aquí, como en las demás partes, había precedido la fama de sus virtudes a la buena Religiosa, de modo que fue recibida con afectuosa veneración, tanto por los de adentro, como por los de afuera que se decían unos a otros: «Esta es la Santa Hermana de que ya tenemos noticias, porque ha sido siempre un verdadero espejo de humildad, obediencia heroica y singular espíritu de sacrificio.

Y mientras todos entretejían su panegírico, Sor Teresa, que honraba la aureola que la circulaba, se sentía con nuevos bríos pensando en el bien espiritual que en el Colegio recibirían tantas niñas y jóvenes predilectas, en sus afecciones, y gozaba anticipadamente de la felicidad que el Señor le deparaba permitiéndole ser la humilde portera, sumisa a su nueva Superiora y auxiliar de sus Hermanas. Pronto su luminoso ejemplo se impuso de tal modo que todos llegaron a llamarla: *La suave presencia de Dios.*

Sus últimos cuatro años



En Granada, Sor Teresa, parecía ascender con mayor rapidez en la escala de la perfección religiosa. Con su atrayente figura, un tanto alta y serena, su voz dulce y moderada, su trato culto y su amable sonrisa siempre en los labios, en breve tiempo llegó a cautivar a todos, adueñándose de los corazones.

«Es una fragante violeta—un serafín de amor de Dios y de María Santísima—la personificación de la

caridad—imán para el mundo pequeño,—paños de lágrimas del afligido,—la práctica constante de la mortificación—la regla viviente, con ilimitado amor filial a la Congregación y a las almas, por cuya salvación tanto trabaja.» Eran éstas, en Granada, las voces unánimes de todos cuantos la conocían. Y con razón expresábanse así, porque si Sor Teresa había sido siempre un espejo de virtud religiosa, ahora reflejaba, siempre en aumento, las irradiaciones celestes que iluminaban la senda que la llevaba a la meta, en la que tenía fija la mirada: *El Paraíso*.

Solícita en acoger las humillaciones que Dios le enviaba no dejaba de buscarlas en todo tiempo.

Y así, como cuando era Superiora, se sometía al parecer de sus subalternas, ahora, siéndolo ella, sentíase feliz sometiéndose en todo, aun en las cosas más insignificantes, al juicio y disposiciones de quien era la autoridad, repitiendo en ciertas ocasiones, con un gracejo, propio de ella, el adagio: «Donde manda capitán no manda marinero», dando a conocer con esto su completa sumisión a su Superiora.

Su corazón rebosante de divino amor, hacía exclamar: «¡Oh mi buen Jesús, cuánto me amas!

La Santa Comunión era el vital alimento de su alma que encendía en ella, cada vez más, la llama de la generosidad en el sacrificio, el ardiente celo por el bien espiritual de las almas y aquel dominio de sí misma, que la hacía aparecer siempre en el constante ejercicio de todas las virtudes; por lo que no sorprende que Jesús Eucarístico la regalase en diferentes épocas de su vida con divinas finezas, acelerando el momento de morar en su alma, desprendiéndose espontáneamente de las manos del Sacerdote, como lo han narrado varios de ellos que sintieron la violencia que hacía el Pan Celestial,

para volar con presteza al pecho de la fervorosa religiosa que lo esperaba con amorosas ansias.

Visitar y acompañar a Jesús en su prisión de amor, era su constante aspiración.

No pudiendo realizar estas visitas con la frecuencia que deseaba por estar la portería distante de la Capilla, separada por un largo corredor, la piadosa Sor Teresa, en los momentos que estaba libre de las responsabilidades de su oficio, fijaba su morada delante de la puerta de la Capilla, ocupándose en ligeras labores manuales y dando a hurtadillas una mirada a sus queridas y Santas Reglas, porque así, decía, estaba más próxima al Sagrario y acompañaba más de cerca a su querido Jesús, en íntima y constante unión.

No descuidaba por esto en lo mas mínimo el cumplimiento de su deber, pues apenas oía sonar el timbre de la puerta, volaba en alas de su santo fervor a desempeñar su obligación tornando luego, serena y sonriente, a su mística misión.

Y este ejercicio era cotidiano y regularmente practicado, no una, sino muchas veces en el día.

Y a la Santísima Virgen, su divina Madre, ¡qué filial afecto no le profesaba!

Incansable propagandista de la devoción a María Santísima Auxiliadora, llevaba a sus pies legiones de almas que bendecían y amaban cada vez más, a la Taumaturga Virgen, de la que obtenían señaladas gracias con el auxilio de las oraciones de la buena Sor Teresa.

¡Cómo enfervorizaba los corazones! Después de prodigarle una dulce sonrisa, preguntaba a la joven o niña que se le acercaba: «¿Amas de veras a María Santísima? ¿Con qué la has obsequiado hoy para demostrarle tu afecto?»

Su caridad exquisita hacia todos, llevábala a dispensar con largueza toda la bondad de su corazón, ejerciendo con los enfermos de alma o cuerpo, el oficio del caritativo Samaritano: madre bondadosa con la niñez que corría hacia ella en busca de afecto y refugio maternales, y consuelo de los que lloraban y depositaban sus penas en el insondable abismo de su alma, rebotante de vida en este ejercicio divino.

Cubierta bajo el velo de la amabilidad, practicaba la mortificación en grado heroico, como queda confirmado con el siguiente hecho: Nuestra Sor Teresa, en el último período de su vida, con motivo de su quebrantada salud, se vió, por prescripción médica, precisada a salir al campo a casa de una bienhechora. En sus diarias excursiones a pie, fue víctima de las garrapatas que abundan en Granada, como en casi todo el terruño centro-americano.

Después de algunos días, la señora de la casa, que conocía muy a fondo el espíritu de mortificación de Sor Teresa, sospechó que tales animalitos habían hecho presa en la Hermana a pesar del silencio que ésta guardaba y le rogó con insistencia confesase la verdad.

Nuestra querida Sor Gedda, temiendo dejar una mala impresión, en la buena señora que podría pensar que ella, religiosa, faltara a la verdad, con toda la sencillez que le era propia, se descubrió el cuello, dejando ver el collar que lo ceñía, formado por 44 garrapatas bien agarradas que constituían un dolorosísimo cilicio.

¡A tal punto estaba posesionado de Sor Gedda el espíritu de mortificación y sacrificio!

Aunque aquí podía disfrutar libremente del descanso que se le había concedido por motivo de su



GRANADA.—Portería y Capilla.—En la silla señalada con la cruz, se sentaba Sor Teresa para cumplir con sus prácticas de piedad común y atender al mismo tiempo a su oficio de portera.

salud, no permanecieron inactivos ni su celo, ni su amor a las almas. Diariamente iba en busca de niños y niñas de los más pobres y abandonados, e indietos de los alrededores de la Hacienda en donde estaba, reuniéndolos para explicarles el catecismo, y enseñarles cantos sencillos, preparándolos así para la Primera Comunión.

Su espíritu múltiple no conocía cansancio, fatigas, ni obstáculos que no pudiera superar, siempre que estuviera de por medio la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Puntualísima en todos los actos de Comunidad, siempre era la primera en llegar a la Capilla, asumiendo una actitud angélica; jamás se apoyaba en el banco y recitaba con tal fervor las oraciones en común, que quien la veía se creía en presencia de una Novicia, con todo el entusiasmo de un primer fervor.

Fiel observante del silencio prescrito que practicaba sin violencia para sí, ni para los demás, interrumpíalo sin escrúpulo cuando lo exigía la caridad: y enseñaba a practicarlo contestando con dulzura y en voz baja cuando alguna, inadvertidamente, hablaba en alta voz durante el tiempo en que la Santa Regla manda practicarse el silencio.

¿Y su paciencia? Con la elasticidad que llegaron a practicarla los más grandes Santos, alcanzó la cima: cuando en Granada, los pilluelos, como ella cariñosamente los llamaba, llegaban a importunarla adueñándose del timbre de la portería, que tocaban repetidas veces hasta que aparecía la Santa Sor Teresa, a la que pedían con instancia algún caramelo u objeto religioso, que nunca les era negado por la paciente portera, la cual acompañaba el regalito con estas palabras: «Id, picaruelos y sed buenos como

os quiere la Santísima Virgen; por penitencia rezad un Ave María.»

Su máspreciado tesoro era la Santa Regla que, mientras fué portera, llevaba siempre en la mano para aprovechar los momentos libres leyéndola con profundo respeto.

En cierta ocasión preguntóle una ex-alumna qué libro era ese por el cual mostraba tanta predilección, y la buena religiosa, besándolo, contestó: «Es mi santa y querida Regla, el camino seguro que me lleva al Cielo.»

Cuando fue superiora, estando obligada a dar la conferencia semanal a la Comunidad, sus argumentos favoritos eran los diferentes artículos de las Constituciones o las tradiciones que remontaban a la Casa de Mornés. Y con verdadera sabiduría comentaba y explicaba a las Novicias y Hermanas jóvenes que tenía bajo su responsabilidad, esas amadas reglas que formaban el néctar de su existencia.

Amantísima de su Congregación, sentíase feliz llamándose Hija de María Auxiliadora, e irradiaba de su corazón esa alegría que era un verdadero atractivo para las jóvenes que se sentían llamadas al estado religioso.

¡Cuántas almas bendicen hoy su santa dirección y su caridad suma, que les facilitaron los medios de consagrarse al Señor!

Su presencia en cualquier lugar era estímulo para el cumplimiento del deber. Veneraba al Clero, viendo en cada sacerdote el representante de Dios, digno de todo respeto y estimación.

Y, si amaba su propia Congregación, no por eso estimaba menos la Congregación Salesiana en general, dedicándole su espíritu de sacrificio y celo nada comunes, cuando lo exigía la obediencia. Basta re-

cordar a este respecto, cuánto trabajó por ella en Morelia y en Puebla.

Confirman esto las palabras pronunciadas en cierta ocasión por el señor Don Albera, Rector Mayor de la Pía Sociedad Salesiana (d. s. m.) aludiendo a la buena Sor Teresa, tan estimada por él como por los demás Superiores. «Creo, dijo, que no ha habido otra Hija de María Auxiliadora que haya apreciado tanto a los Salesianos y que con tanto empeño, bondad y desinterés se haya ocupado de ellos y de sus necesidades, como la buena Sor Teresa Gedda.»

De S. Juan Berchmans, se dice que se debe su canonización, especialmente a la perfección con que practicó sus deberes religiosos y S. Juan Berchmans no vivió sino cinco años en la Compañía de Jesús. De Sor Teresa Gedda nadie puede decir haberla visto transgredir uno solo de los puntos de la Regla de su instituto y esto durante los 41 años de vida religiosa. ¿Qué decir, pues, de su santidad?

llamada al Premio Eterno



DESPUÉS de haber saturado con sus virtudes el ambiente de la casa de Granada, como ya lo había hecho en las anteriores, Sor Teresa Gedda estaba pronta para responder al último llamamiento.

Hacia dos años que nuestra Hermana venía sufriendo del corazón y aunque hasta el presente no se había preocupado gran cosa de su salud, ahora, sintiendo que sus fuerzas iban decayendo, comenzó,

siempre a base de la obediencia, a seguir las prescripciones médicas y los mandatos de sus Superiores.

El 17 de Marzo de 1917, se vió precisada a abandonar por completo su oficio de la portería, pues así lo ordenaba el Doctor. El 19, fiesta del gran Patriarca San José, por un favor especial de este Santo, a quien encomendaba sus últimos momentos, pudo asistir a la Santa Misa, lo que contribuyó a aumentar su alegría, con lo que disipaba, en los demás, toda preocupación de su cercano fin.

En la tarde de ese día, sufrió fuertes convulsiones, a consecuencia de una emiplejía que la privó del uso de los miembros y de la palabra. Fue llamado urgentemente el Reverendo Padre José Misieri, Inspector de los Salesianos, para que le administrase los Santos Sacramentos, que la buena Hermana recibió con toda la devoción y entereza con que las almas fuertes al acercarse esa hora reciben la última gracia de la Misericordia infinita.

Al siguiente día, 20 de marzo, amaneció un poco mejor, recobrando casi por completo el uso de la palabra; recordó a sus amadas Superiores del Uruguay, Argentina y Méjico, hablando afectuosamente de ellas. El 21 la visita el Ilmo. Señor Obispo que le imparte su santa bendición, así como el Reverendo Padre Inspector y otros Sacerdotes que la confortan con la bendición de María Auxiliadora.

El letargo vuelve a hacer presa de ella el día 22, permitiéndole no obstante el movimiento de los labios. Al oirla pronunciar con dificultad algunas palabras, se le pregunta qué desea y ella contesta: «Rezo las oraciones de la mañana y el Santo Rosario, porque quizá, más tarde no podré hacerlo. «Serena y tranquila continúa abismada en la presencia de Dios, a quien consagra sus últimos momentos, como

lo ha hecho en toda su vida, suspirando sólo por el precioso instante en que podrá darle el abrazo eterno. Las Hermanas que no han abandonado la cabecera de la enferma, noche y día, le preguntan: «¿Se siente mejor, Sor Teresa,? ¿no le parece que pronto sanará?» A lo que ella contesta: «Sí, estoy mejor, pero no sanaré». ¿Qué dice? El 24 haremos una fiesta en honor de María Auxiliadora y Ud., Sor Teresa, irá a la Capilla a honrar a la S. Virgen y a darle las gracias por su curación». «Oh sí, yo también iré a la Capilla, pero la fiesta la veré desde el Cielo, porque mientras Uds. la celebrarán aquí, yo estaré celebrándola en el Paraíso». «E ¿irá inmediatamente al Cielo?» «No, pasará por el purgatorio, pero el 24 estaré ya en el Paraíso.»

Y esto lo decía con la certeza de quien tiene perfecto conocimiento de lo que va a suceder. Tanto es así que cundió la noticia de que Sor Teresa había afirmado que moriría el 24, sin que nadie dudara de sus palabras, ni se asombrara de que así fuera en realidad; conviniendo todos en que muy bien podía Sor Teresa predecir el día de su muerte.

Los últimos momentos son, generalmente, un fiel reflejo de la vida. Por eso Sor Gedda, durante los cinco días de enfermedad, continuaba irradiando luminosos ejemplos de paciencia, mortificación y fiel observancia de la Regla.

A las horas determinadas por la Regla para las diferentes prácticas de piedad, nuestra santa Religiosa le suplicaba a la hermana enfermera que le hiciera la caridad de rezar o leer lo que el horario de la Comunidad marcaba; horario que ella seguía observando con la solicitud y fervor con que lo hacía mientras estaba sana.

El Señor, que quería ceñir las sienes de su amante esposa con la corona formada con el caudal de sus méritos acopiados en su fervorosa vida, la purificó, en estos momentos extremos, de las menores sombras de imperfección, permitiendo que la Directora de la Casa, a quien Sor Gedda apreciaba tanto, se encontrara ausente durante su enfermedad, por haber tenido que ir a la Sede Inspectorial en la República de El Salvador, bastante lejos de Granada. Y si bien se le notificó telegráficamente la gravedad y urgencia del caso, no le fue posible retornar a la casa antes del fallecimiento de Sor Teresa.

Como las Hermanas conocían el maternal afecto y la adhesión filial que sentía Sor Gedda por su Superiora, y, como en épocas anteriores le habían dicho, picarescamente, que ella tenía cierta debilidad por la Directora desde el tiempo en que había sido su Vicaria en Morelia, ahora, la santa Religiosa queriendo quizá disipar toda impresión que no fuera edificante o con el deseo de ofrecer un último sacrificio mortificando su corazón, o ya fuera para expiar el afecto algo natural que sintiera por su Superiora, se abstenía de nombrarla y de preguntar por su retorno, suponiendo que debía llegar de un momento a otro, ya que así lo decían las Hermanas que la rodeaban.

Cuando le aseguraban que la Superiora pronto estaría de vuelta, Sor Teresa no dejaba transparentar el menor movimiento de alegría, contentándose con responder cuando le preguntaron si deseaba su regreso: «Hágase la voluntad de Dios», y como la Hermana que le había interrogado replicara: «Rezaremos con todo el fervor a la Santa Virgen y a Don Bosco para obtener la gracia de que la Hermana Directora llegue cuanto antes», la enferma,

después de un momento, contestó: «Digámosle a María Auxiliadora que haga lo que ella quiera. La Directora me verá en la Capilla, mientras yo no la veré ya más en la tierra.»

Y continuó hablando tranquila, recibiendo encargos para Jesús, María Santísima, para San José, Don Bosco y la Madre Mazzarello. Dió a todas consejos y recuerdos, sugiriendo particulares oraciones.

A una Hermana que le preguntó qué se debía hacer para ser buena Religiosa, contestóle: «Obedecer, obedecer alegre y ciegamente a los legítimos Superiores». ¿Qué recuerdo le deja a las Hermanas de la otra casa? «Recomiendo la unión, que continúen siempre como en estos tiempos».

Durante los pocos días de la enfermedad de Sor Teresa, el Colegio era continuamente asediado por toda clase de personas que se interesaban por la preciosa vida de nuestra Hermana, manifestando unánimemente el deseo de que se prolongase por muchos años una existencia tan preciosa, prodigada con generosidad tanta en favor de su querido prójimo.

En la noche del día 22 entró en una fatigosa agonía que duró treinta y seis horas.

Desde ese momento no habló más. Continuas convulsiones la agitaron hasta el día 24, día en esa ocasión doblemente consagrado a María Santísima Auxiliadora, por ser 24 y caer en sábado. A las nueve y media de la mañana voló su purísima ánima a la patria de los justos, a recibir el premio de sus santas obras. Tenía 64 años.

Su santo cuerpo, revestido con los hábitos religiosos, fué llevado a la Capilla, donde se expuso a la veneración de la multitud que acudía deseosa de contemplar por última vez la candorosa y amable figura de aquella que siempre había irradiado

en torno suyo las suavidades de su sencillez y heroica santidad.

A las cinco de la tarde de ese día regresaba la Directora, que cayó de rodillas ante el cadáver de su querida Hermana, derramando copiosas lágrimas que expresaban su dolor por no haber podido darle el último adiós a su Sor Teresa ni recoger sus postreros y santos consejos.

Exequias



URANTE todo el día 24 y la mañana del 25, desfilaron sin interrupción ante el cadáver de Sor Teresa, toda clase de personas de Granada, Managua y pueblos circunvecinos, las cuales con toda veneración tocaban los sagrados restos con rosarios, medallas y otros objetos, a fin de conservarlos como reliquias por haber estado en contacto con el cuerpo de una santa, pues nadie dudaba que lo fuera Sor Teresa.

La mayoría de las personas no oraban por su eterno descanso, sino más bien con la plena seguridad de que su hermosísima alma había alcanzado ya las legiones virginales de la celestial mansión, imploraban su valimiento ante el trono de la Santísima Virgen Auxiliadora de los Cristianos.

A las seis de la mañana del día 25, el Sr. Obispo cantó la Misa de difuntos ante el cadáver presente, siguiéndose después otras Misas que celebraron diferentes Sacerdotes, ofreciéndolas en sufragio del alma de la extinta.



CAPILLA MORTUORIA DE LA FAMILIA CUADRA
donde fue sepultada Sor Teresa Gedda.

Multitud de gente continuó durante el día visitando con devoción y honrando los sagrados restos de Sor Teresa hasta las 4 y media de la tarde, hora en que se organizó el cortejo fúnebre después del canto de las rituales exequias.

Encabezaban el cortejo dos largas filas de alumnas internas y externas de los Colegios de María Auxiliadora, portando simbólicos lirios y coronas de flores en las manos; seguían 150 cofrades de María Auxiliadora, gran número de bienhechores, señoras y señoritas de todas las clases sociales.

En puesto de honor e imprimiendo grave y severa solemnidad con su ilustre presencia, el dignísimo e Ilustrísimo Prelado seguido del clero secular de la ciudad, los R. R. Padres Jesuitas y el Sr. Inspector y Sacerdotes Salesianos.

El féretro fue llevado hasta el coche fúnebre por las Reverendas Hermanas, que, dominadas por el más intenso dolor ante la pérdida de tan santa religiosa, disputábanse el honor de llevar a la que habían venerado como a una reliquia y que ahora las precedía en la gloria, después de dejarle iluminado el sendero que a ella misma la condujo. La familia Cuadra, llevándolo a honra, ofreció su Panteón de familia, para que en él reposaran los restos mortales de la que en vida tuvieron en concepto de santa, ofrecimiento que fue aceptado. En dicho Panteón descansan los venerados despojos embalsamados con las fragantes y modestas violas y con las blancas margaritas que lo circundan y que simbolizan muy bien las heroicas virtudes que le han conquistado la diadema inmortal a nuestra Sor Teresa, cuya santidad queda elocuentemente sintetizada en la hermosa página que traducida literalmente dice:

Defuncta Adhuc Inquilur



OR Teresa pasó sin hacer ruido: a su alrededor se oía apenas su suave paso y el dulce timbre de su voz. Laboriosa, humilde, ignorando cuanto pasaba fuera del circuito donde debía desplegar su abnegación, con la alegría en el corazón y la sonrisa en los labios, practicó de un modo particular las pequeñas virtudes que como violas del alma, embalsamaban la vida. Su día tuvo aurora pura, mañana clara, medio día esplendente, atardecer tranquilo y suave.

Pequeñísima flor campestre trasplantada al jardín de las Hijas de María Auxiliadora, en Italia y sucesivamente en las tres Américas, se coloreó con variados tintes, exhalando su delicado perfume y hacia la tarde inclinó su corola. Porque ha sabido florecer donde fue colocada, la mano de Dios la trasplantó a los celestes jardines para embellecer feliz y para siempre la morada divina. Sor Teresa apareció en el mundo como un ángel: el ángel, cumplido su mensaje, retorna al Cielo. Así Sor Teresa Gedda retornó a Dios, y a El presenta, ahora, las preces que a ella le dirigen.

Y este es un sentimiento de tan espontánea convicción que cuantos la han conocido, la invocan con fe y ciega confianza. Una hermana asegura que todas las veces que se ha dirigido a Sor Teresa, siempre ha sido oída, alcanzándole del Señor cuanto deseaba.

Ella ahora aún nos habla, sobre todo con los ejemplos de su vida, los que nos revelan su amor al

deber, al sacrificio, su espíritu de fe, de piedad, de alegría en el sufrimiento, la paz en la humillación, la sonrisa entre las lágrimas, el entusiasmo en las privaciones, la serenidad con las personas hostiles, la solícita elección de todo trabajo humilde y penoso, el holocausto de sí misma por amor de Jesús.

Nota especial de su vida es la sencillez. Esta virtud fue definida en la ingenuidad del corazón: ser uno consigo mismo por el acuerdo interno con el exterior; ser uno con Dios por la armonía de las obras con la fe; ser uno con el prójimo por la ausencia de todo disimulo y la concordia de la caridad.

Así fue Sor Teresa. Ella repítenos, para que la aprendamos y la practiquemos, la principal y constante aspiración que la animaba, que formaba la alegría festiva de sus pensamientos y afectos, el deseo tan bien expresado por el poeta:

- « *Aquí abajo todas las flores mueren*
- « *Los cantos de los pájaros son breves*
- « *Sueño con el éxtasis eterno!*

En su vida de buena religiosa supo hallar la sublimidad de la virtud.

Morir a nosotros mismos, vivir para Dios y para los demás, es lo sumo de la perfección, es la sublime enseñanza de Sor Gedda, y es presentemente, la regla que, practicada, haría de la tierra un verdadero paraíso anticipado.

Y el poeta iluminado por el Evangelio, canta; y su solemne voz encierra una saludable lección para todos:

- « *Perdió la vida quien para sí vivió*
- « *Vive en eterno, quien por amor la dió!*

A M. D. G.

INDICE

	<u>PÁG.</u>
Sor Teresa Gedda.—Sus primeros años	1
La Vocación Religiosa	3
En Mornés	5
Misionera hacia América	8
Arribo al Uruguay	12
Continuas ascensiones	16
Su retorno momentáneo a Italia, después de 23 años de labor en el Uruguay	19
Partida para Méjico	21
Directora del Colegio de San Vicente de Paúl, en Morelia	22
En Puebla	29
De Méjico a Nicaragua	32
Sus últimos cuatro años	35
Llamada al Premio Eterno	41
Exequias	46

  
Imprenta Lehmann (Sauter & Co.)
San José, Costa Rica
1930
  